

CUANDO EL TELÉFONO DEJA DE SONAR

Artículo publicado en Pedalier Pro nº 19

Hace unos días asistí a un acto donde una ex atleta nos dejó a todos con el corazón encogido y lágrimas en los ojos. Lo primero, porque sus padres fallecieron en un accidente de tráfico cuando ella tenía sólo 15 años, después, con su historia de superación de los daños físicos que sufrió en el mismo accidente (tardó 2 años en recuperarse), y finalmente, con su retirada forzada por una lesión. Tenía 31 años y un nuevo reto por delante: conseguir un trabajo con el que ganarse la vida, porque de las rentas no podía vivir. Un atleta no es como un futbolista, en el caso de esta mujer, aunque fuera olímpica y corredora de élite, subsistía a base de becas. Comentó que había probado diferentes trabajos pero “nada me subía tanto la adrenalina como correr”. Emocionada, relataba entonces que había conseguido seguir relacionada con el mundo del deporte, trabajando para cierta institución pública deportiva, y daba gracias por haber sido, al final, tan “afortunada” (a pesar de retirarse a la fuerza y de perder a sus padres tan joven). Y realmente, en ese momento, lo era. ¿Cuántos ex deportistas han soñado con seguir vinculados a su deporte y no lo han conseguido? Muchísimos.

¿Y qué pasa cuando un deportista profesional deja el deporte? Un ex ciclista me dijo que lo primero que notas es la frase que encabeza el artículo: el teléfono deja de sonar. Ya no soy famoso. Ya no salgo en la tele. Ya no me dan palmaditas en la espalda. He dejado de existir para mucha gente. Y mi vida acaba de dar un giro radical. Siempre me he dedicado a esto. ¿Y ahora qué hago?

La burbuja

Los deportistas profesionales llevan una vida tremendamente organizada, con sus rutinas, sus planes de entrenamiento, visitas al médico, planificación de competiciones, etc. etc. En el caso de los ciclistas, además, como hay tantas competiciones y viajes y entrenan por su cuenta, no sólo tienen organizada su vida en el tema deportivo, sino prácticamente en todo. Los auxiliares del equipo son quienes se encargan de las maletas, los pasajes de avión, la logística en general, pero no sólo eso, sino que también ejercen de secretarios: te piden cita en el médico para una revisión o una radiografía, e incluso bajan a la droguería a comprarte el dentífrico si se te ha acabado. Ojo: estoy hablando de los ciclistas del género masculino, con el género femenino no ocurre lo mismo, lo comento más adelante. Hasta tal punto están asistidos que ni siquiera necesitan llevar dinero encima, y a veces no saben ni a dónde van, porque como todo está planificado, simplemente, se dejan llevar. Viven como en una burbuja al margen de la realidad: aunque vean lo que hay fuera, no lo sienten como propio, no hay nada más allá del deporte.

Una anécdota muy curiosa que me contaron fue la de cierto ciclista que no sabía que tenía que sacarse la licencia para poder competir cuando fichó por un equipo extranjero, porque antes estaba en un equipo español y la licencia se la tramitaba el propio equipo. Tengo otra de un ex futbolista que, tras retirarse, fue a hacer un viaje en avión y se presentó en la puerta de embarque con el billete tal cual: no tenía ni idea de que existe un mostrador donde sueltas la maleta y te preguntan si quieres ventanilla o pasillo, entregándote cierta

cartulina donde pone tu asiento (aclaro que de esto hace unos años, ya sé que ahora con los billetes electrónicos no es necesario si no facturas equipaje). Nunca siendo futbolista en activo había estado en ese mostrador, las tarjetas de embarque las sacaban los asistentes del equipo.

Esta burbuja, más que crearla el deportista, se va formando a su alrededor casi sin que se dé cuenta. En ciclismo, la diferencia empieza a marcarse desde juveniles o incluso cadetes: tus amigos van a otro ritmo, tienen sus estudios y su ocio, pueden trasnochar, hacer botellón, o quedar para estudiar y ayudarse unos a otros, mientras que el futuro profesional del deporte dedica ese tiempo de diversión a dormir porque al día siguiente madruga y entrena o compite. Los estudios son más difíciles de llevar debido a todo el tiempo que dedicas a la bici, con lo cual el esfuerzo es mayor y no te queda tiempo para las relaciones sociales más allá de tus compañeros de equipo. Por fuerza tus amigos se restringen al mundo ciclista. Tu realidad empieza a restringirse a ese mundo porque es el único con el que te relacionas.

Cuando consigues llegar a profesional y sales en la tele, sobre todo si vives en una pequeña población, te conviertes en el héroe del pueblo (o del barrio). Todo el bar lleno para ver al paisano subiendo el Tourmalet en el Tour, e incluso grupos de viajes organizados para ir a animarte a las cunetas, aunque seas el “último mono” del equipo. Hacen una peña con tu nombre, te paran por la calle, se hacen fotos contigo, firmas autógrafos, te preguntan qué tal vas este año, cuáles son tus objetivos, te animan diciendo que ya verás como vas a ganar el Tour, es cuestión de tiempo, porque eres el mejor... dicen que todos los ciclistas sueñan con ganar la gran ronda francesa. Puede que todos no, pero probablemente la mayoría. Es normal, dado que hoy día sigue siendo lo más valorado, y lo más conocido. Y querer ganarlo es en parte por cumplir las expectativas de la gente que te rodea: si no te lo crees tú, te lo acabas creyendo de tanto que te lo dicen los demás. Y todo esto pasa porque eres ciclista. La gente te tiene en cuenta porque eres ciclista. Soy importante porque soy ciclista. La burbuja cada vez tiene más jabón.

Y después ¿qué?

La vida entonces tiene un objetivo claro: mantenerte en el profesionalismo. Algunos decidirán trabajar para su jefe de filas sacrificando su gloria personal, otros ganarán carreras, pero el caso es estar ahí, en tu sueño, en tu nube. Tu día a día también está claro: entrenamiento, viaje, competición, regreso a casa, entrenamiento, viaje, competición... vacaciones y concentración y vuelta a empezar la siguiente temporada. Esa rutina cambiará radicalmente cuando llegue el momento de la retirada, pero casi ningún ciclista piensa en ello actualmente. En los tiempos de Perico e Indurain se hacían muchas más carreras y los ciclistas a los 32-33 años solían pensar en la retirada, mientras que hoy día siguen corriendo pasados los 35 e incluso los 40, como Iñigo Cuesta. Lo habitual entonces es que fueras ahorrando para montar una tienda de bicis al retirarte. Hoy día no ocurre así: pregunté a unos cuantos ciclistas en activo si se habían planteado que harían cuando colgaran la bicicleta, y todos me contestaron que no lo habían pensado siquiera, ya se vería llegado el momento. Viven al día.

No obstante, algunos ciclistas cuando dejan la bici sienten un gran alivio: se acabó el sufrir. Puede que ya ese último año estuvieran pensando cómo iba a ser su vida y a lo que se iban a dedicar, con lo cual cuando se rompe la burbuja tienen una sensación de libertad (por fin pueden comer lo que les dé la gana, acostarse tarde, no tener que rellenar el formulario de localización...). En cambio, la sensación al salir de la burbuja en otros ciclistas, es de desorientación: no saben qué van a hacer, y de repente la gente (salvo los más allegados, por supuesto) no sólo ha dejado de llamarle para pedirle una gorra del equipo sino que ni le preguntan qué tal le va, ni qué hacen ahora. El objetivo que antes tenían tan claro, seguir viviendo de la bici, desapareció. Parece que las horas del día se hubieran duplicado ¿qué hago yo a mediodía en casa, si no tengo que entrenar? ¿Y a qué me dedico ahora?

Si no conseguiste ganar el Tour y tenías un sueldo normalito, pues, como decía la ex atleta, hay que ponerse a trabajar en lo que sea. Y el problema no es sólo que el trabajo que encuentres no te va a dar el mismo subidón de adrenalina, sino que el concepto de ti mismo cambia: antes era un ciclista, y ahora ¿qué soy? Un deportista retirado, y ya. Lo más seguro es que no hayas podido terminar una carrera, si es que la empezaste, porque entre las horas que necesitas de sueño y que los exámenes de la universidad suelen pillar en competiciones, resulta complicadísimo sacar el rato para estudiar y negociar con el equipo para no ir a una carrera en las fechas en que te tienes que examinar. Y aunque tu idea no fuera ser universitario, cualquier persona de tu edad que no se dedique al deporte lleva ya años trabajando y ascendiendo puestos en una empresa, o consolidando su propio negocio, mientras que tú empiezas con treinta y muchos años de novato por cuenta ajena o necesitas una gran inversión para sacar un negocio adelante. Así pues, vas a contar con un sueldo de de becario o aprendiz, o dejándote los ahorros en un negocio que no sabes cuánto va a tardar en darte beneficios. Teniendo en cuenta que muchos ciclistas cuando se retiran tienen ya hijos, como mucha gente a su edad, ¿cómo te las apañas con tan poco dinero? O te echaste un “buen partido” como pareja o a ver qué haces para pagar hipoteca, estudios, material escolar, ropa, etc...

Otra vida

A pesar de lo dura que puede resultar la retirada, el deportista de élite tiene una ventaja respecto a otras personas que no lo han sido: más capacidad de sufrir, de luchar y de no rendirse ante las adversidades. Aunque crean en principio que como dar pedales es lo que han hecho toda la vida, “no valen para otra cosa”, eso no es cierto. El deporte competitivo imprime carácter: una vez que entiendes que tu sueño acabó y que la vida continúa, sólo necesitarás cambiar tus objetivos y volver a tener claro qué quieres hacer, para poner todos tus recursos a lograr esa nueva meta, ese nuevo reto, que no depende tanto de tus piernas y no te genera tanta emoción, pero por el que también merece la pena luchar. Dentro de tu mundo hay varias salidas: unos cuantos ex ciclistas pasan a ser directores deportivos, representantes, comentaristas en los medios, imagen de una marca comercial, o incluso masajistas o mecánicos, por poner unos ejemplos.

Pero, si eso no se consigue, no te queda otra que entender que el ciclismo quedó atrás, esos

años bonitos estarán para siempre en tu recuerdo, seguro que habrá muchos amigos que conociste que conservarás, y sobre todo te queda el poso de haber sido capaz de cumplir ese sueño, y haber vivido de lo que más te gustaba. Y además, si no acabaste harto de bici ¿quién te quita de seguir dando pedales? Hay muchos “globeros” por ahí a los que dar caña...

Las mujeres no son las primeras

No quiero acabar el artículo sin recordar a las chicas, que bastante olvidadas suelen estar. Lo he mencionado antes: las mujeres no tienen la suerte de que el masajista baje a la tienda a comprarles un bote de gel. Es más, en muchos casos ni siquiera tienen la suerte de que ese masajista les atienda en su función principal, es decir, relajar y recuperar sus músculos al llegar al hotel, porque tienen uno por cada ocho chicas, y también un solo mecánico para esas ocho bicis, y estoy hablando de cuando están en el Tour o en el Giro. En las olimpiadas ni siquiera tenían uno para ellas, sino el de los chicos, y sólo cuando acababan con los caballeros llegaba el turno de las damas. También están en su burbuja, puesto que son conocidas y valoradas en su entorno, pero, según me contaba Dori Ruano, aún estando en la élite, las becas te dan justo para vivir sin lujos y muchas chicas (la propia Dori lo hizo) dedican los inviernos a trabajar en lo que sea, o siguen estudiando la carrera (Anna Sanchis, por ejemplo, nada menos que Medicina). Ellas sí tienen claro que cuando se retiren tienen que buscarse la vida, nunca van a ganar lo suficiente para no tener que trabajar más, en este caso ni aunque ganen no sólo un Tour, sino tres, como Joane Somarriba. Qué diferencia con los chicos ¿verdad?

La burbuja femenina no es tan opaca como la de los chicos, y no sólo porque sí tienen conciencia durante su carrera de que después tienen que dedicarse a otra cosa, ni disfrutan de las mismas atenciones, sino porque no tienen tantas voces animándoles en las cunetas, ni el mismo seguimiento en los medios, publicidad, etc. Pero tienen una motivación a prueba de bomba: estar a gusto consigo mismas, progresar, luchar, y superar dificultades. El respeto sobre la bici se lo tienen que ganar a base de entrenamiento y esfuerzo, y así consiguen que sus compañeros de grupeta las traten como a un igual, pero siempre se encontrarán con esos globeros con los que van a pelear los ex ciclistas, molestos de que les adelante una mujer y dejándose el alma tras su estela. Con lo bonito que es compartir una afición sin preocuparse del género...